

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1065 MONTEPEREY, MEXICO

CAPÍTULO XI

UNA FIESTA DE FAMILIA

Las señoras llegaron a cubierta presas de un terror que tardaron algún tiempo en dominar.

—¡Oh!—suspiró madame d'Artigues—. ¡Es espantoso! ¿Los han visto ustedes? ¿Los han visto?... ¡Cree que nos iban a devorar!

—Y esa ocurrencia—dijo mademoiselle de Val Rieu, dejándose caer en un banco—, esa ocurrencia de querer pasar a nuestros ojos...

—Eso—interrumpió Carmen de Fontainebleau—, eso es lo más extraordinario de todo... ¡Si fuese verdad!

—¡Ah! ¿Está usted loca, querida?...—exclamó Roberto Bourrelier.

—Ante todo, procure usted ser cortés... Ustedes crearán lo que quieran; pero la verdad es que yo a ese Bibi no le hubiese conocido... ¿Le han reconocido ustedes? ¡Vamos! Todos los periódicos publicaron su retrato. ¿Acaso se le parece?

—¡Verdaderamente— dijo madame d'Artigues—, yo creo, aquí, para entre nosotros, que el comandante se parece más!...

APDO. 1065 MONTEPEREY, MEXICO

—Tiene usted razón—murmuró mademoiselle de Val Rieu estremeciéndose—. Cualquiera diría que es Bibi en persona.

—¡Ah, piensan ustedes lo mismo que yo!—dijo Carmen de Fontainebleau—. Desde que acabamos de comer no hago más que decirme: ¡Es asombroso el parecido de este comandante con Bibi! ¡Dios mío, si fuese verdad; si fuese verdad! ¿Qué sería de nosotros?

Y estaba muy pálida; y sus dos amigas empezaron a temblar como ella. Fué preciso que Roberto Bourrelier les demostrase, les hiciese palpar su locura.

—Así son las mujeres—decía—. Siempre serán víctimas de su imaginación. No les basta el naufragio; necesitan además caer en manos de unos presidiarios. ¡Ah! ¿Pero han perdido ustedes la cabeza? Háganme el favor de poner otras caras. Si viniera ahora el comandante, le confesaría la causa de la inquietud de ustedes, para que se riera un poco. ¡La fotografía publicada en los periódicos! ¡Vamos, hablemos en serio! El mismo comandante nos ha dicho que su retrato había aparecido al lado del de Bibi. ¡Toman ustedes a uno por otro! Confunden ustedes las dos fisonomías. Lleva el pelo cortado al rape, como muchos marineros, y Bibi también, pues no han necesitado ustedes más. ¡Si todo el que se corta el pelo al rape sale de presidio o va a él, París debe ser una sucursal de Cayena, y, por lo visto, en el verano abren las puertas de todos los penales! ¡Vamos, tengan ustedes juicio; observen la disciplina que reina a bordo! Vean lo alegre que está toda la tripulación. Recuerden con qué amabilidad hemos sido recibidos. Pero si toda esta gente fuese lo que ustedes creen, no me atre-

vería yo a decir lo que hubiese sido de ustedes desde el momento en que pusieron el pie en este barco hospitalario. ¿Me oyen ustedes?

—Eso es verdad—dijo madame d'Artigues, que en el fondo estaba deseando convencerse—. ¡Estamos locas!

—¡Es indudable que si fuesen presidiarios *hubiesen echado por la calle del medio!*— observó mademoiselle Nadige.

—Aún no ha terminado el día—, murmuró, temblando, Carmen de Fontainebleau.

—¡Está empezando, señora!— dijo una voz a su espalda. Volviéronse todas, y se encontraron con tres oficiales que las saludaban lo más galantemente del mundo.

Los presidiarios les enviaban lo mejorcito de la jaula de los hacendistas: un falsificador, un envenenador distinguido y un individuo que había cometido una estafa complicada con abuso de confianza en perjuicio de una Sociedad sobrada cándida.

Las señoras quedaron agradablemente impresionadas por el uniforme impecable, los guantes blancos y la simpática sonrisa de hombres de mundo de los tres canallas.

El que había hablado, y cuya voz era «deliciosa», continuó:

—Sí; el día empieza para nosotros, puesto que va a comenzar la fiesta bajo los auspicios de tres mujeres hermosas. La Condesa espera a ustedes para abrir el baile. Y si ustedes nos dispensan el honor de aceptar nuestra invitación, *tendremos el* de bailar juntos el primer rigodón.

¡La Condesa! ¡Se habían olvidado de ella! ¡Sí, sí; decididamente estaban locas! ¡Si hubieran recordado por un segundo la gracia y la distinción de aquella gran señora que

las había tomado bajo su protección, seguramente no hubiesen pensado tantos disparates! ¡Y se reían, y Roberto Bourrelier se reía con ellas! ¿En dónde habían tenido la cabeza, Dios mío? Y aquellos muchachos tan valientes y tan corteses, y tan correctos, y *que se expresaban tan bien!*... Las tres se pusieron de pie, y dijeron con mil dengues y monerías:

—¡La fiesta! ¡Ah, perdonen ustedes, pero la habíamos olvidado!... No nos atrevemos a... *La condesa habrá cambiado de traje, seguramente!*— suspiró la elegante Carmen de Fontainebleau.

—¡No lo crea usted, señora, no lo crea usted! La Condesa, como todas las señoras verdaderamente distinguidas, adora la sencillez. *¡Ha venido tal como estaba!* ¡Y además, *se trata de una fiesta de familia!*

Les ofrecían el brazo. Ellas no se hicieron de rogar y, ya tranquilas, siguieron a sus «caballeros».

—¡Dicen que no hay en el mundo bailarines como los marinos!—murmuró la linda madame d'Artigues.

El falsificador se inclinó con un movimiento lleno de modestia y de suprema distinción, y protestó:

—Eso mismo ha dicho un poeta de los «vaqueros alemanes»—y con exquisito arte recitó estos versos:

... nuestro espíritu inconstante — se nutre de la fantasía y ama la variación. — Pero hasta el mismo desorden ha de ser elegante, — y yo quisiera, por lo menos, que una duquesa en Francia — valsase tan bien como un vaquero alemán...

—Eso es de Musset. De Musset. ¡Oh, a mí me entusiasma Musset.

—*Pues estamos al pelo*, señora; yo me lo sé de memoria.

Llegaron a la toldilla de popa, que estaba lindamente decorada, y en la que la muchedumbre, en actitud muy correcta, esperaba los primeros acordes de la orquesta. La Condesa salió al encuentro de las tres damas, manifestándoles entre grandes demostraciones de afecto, cuánto agradecía su amabilidad y condescendencia. Delante de la orquesta había un espacio libre, en donde bailaron el primer rigodón. Hubieran podido creerse en un salón, o más bien en un casino, junto al mar, naturalmente.

Sin embargo, en cuanto empezaron a bailar la primera polca que siguió al rigodón, los recién llegados no pudieron menos de observar la confianza un tanto excesiva con que los hombres trataban a sus parejas, y la actitud poco decorosa de aquellas mujeres que se interpeaban en un lenguaje no siempre comprendido por las amigas del marqués del Touchet. Pidieron a la Condesa y a sus parejas algunas explicaciones, que éstos se apresuraron a darles. El elemento femenino se componía, casi en su totalidad, de las mujeres de los vigilantes, que acompañan a sus maridos adondequiera que van, y que en su trato constante con los presidiarios adquieren la mala costumbre de emplear términos por demás incorrectos; por otra parte, las promiscuidades de a bordo y el hacinamiento forzoso en el entrepuente, estrecharon los lazos de unión de aquella gran familia, hasta tal punto, que casi todos, hombres y mujeres, habían acabado por tutearse. ¡Verdaderamente, estaban muy alegres, y de pareja a pareja se cruzaban unas pullas!

Entre baile y baile había una desbandada general hacia

el comedor, en el que entraban a saco. Los náufragos comprobaron la generosidad del comandante, que hacía circular las copas llenas de vino y los licores más variados. Algunos bebían en las botellas. Comenzaron las disputas alrededor de las cubetas en que se refrescaba el champagne.

Luego, la música volvía a tocar con nuevo brío, y las parejas tornaban a bailar a saltos, entre empujones y gritos, *con unas caras* a las que su exaltación alcohólica daba una expresión *aterradora*. Además, «lo que sobrepujaba a la comprensión» de los distinguidos invitados, era aquella mezcla de oficiales y marineros y vigilantes en una fiesta que tendía a convertirse en una verdadera orgía. Hacía ya largo rato que se hubiesen retirado; pero no hallaban ocasión ni manera de hacerlo. Siempre volvían a arrastrarlos hacia la multitud enloquecida, precisamente en el momento en que trataban de huir de aquel barullo.

Luego empezaron las invitaciones, que no se atrevían ni podían rehusar. Y llevadas en volandas por brazos a los cuales era muy difícil resistir, volvían a ocupar su puesto en el torbellino. El Bombarda tenía una manera de valsar zarrandeando a madame d'Artigues, que ésta acabó por asustarse. Carmen de Fontainebleau y Nadige de Val Rieu, que empezaron por divertirse como unas locuelas, se escandalizaban ahora ante ciertos atrevimientos. Les apretaban la cintura, les pellizcaban los brazos, las piropeaban groseramente y sin ninguna consideración. Un contramaestre y un sargento de vigilantes las habían hasta insultado. Jadeantes, suplicaron las tres que las permitiesen retirarse; y no comprendían cómo la condesa seguía bailando entre aquella gentuza y cómo soportaba sin protestar los

brutales empujones de aquellas parejas en evidente estado de embriaguez. ¡Aquella condesa era verdaderamente estu-penda! Daba vueltas y más vueltas, con la sonrisa en los labios, saludando con graciosos movimientos de cabeza a las tres damas cuando los azares del baile las hacían pasar junto a ella. ¿No veía aquellos rostros espantosos en torno suyo? ¿No comprendía que aquella dichosa fiesta iba a acabar mal? Así se expresaba Nadige de Val Rieu, y Carmen de Fontainebleau añadió:

—¡Debe ser muy viciosa esa mujer! ¡Oh! ¡Eso es muy frecuente en la buena sociedad! ¡Con su aspecto de mosquitas muertas, sólo sueñan con la vida de crápula!

En esto, el oficial de marina, «que se sabía a Musset de memoria» y que durante el primer vals comenzó a recitar *Rolla* a madame d'Artigues, se presentó y anunció a las tres damas que no consentirían que se marchasen de aquel modo, que su gracia y su elegancia habían cautivado todos los corazones y que, sin ellas, la fiesta perdería todo su encanto.

Aquel hombre, nata y flor de la jaula de los hacendistas, se expresaba siempre en términos tan escogidos, que las tres señoras no se sentían con valor para negarle nada. Sin embargo, en aquel instante el escándalo, el ruido, *el griterio bestial* tomaba tales proporciones, que confesaron «al oficial» que no se atrevían a quedarse más tiempo «porque tenían miedo». ¡Sí; todos aquellos hombres las asustaban! ¡Además, estaban fatigadas por las emociones del naufragio, y, verdaderamente, bien podían tener un poco de lástima de ellas!

Al oír esto, el falsificador se inclinó y les dijo:

—Hay un medio para que las dejen a ustedes retirarse, y es que estas señoras—y señalaba a Carmen y Nadige—ejecuten en seguida el *número* que nos prometieron. ¡Mientras no hayan ustedes bailado en el tablado, como esperan, no atenderán a razones! Bailen ustedes, y después podrán retirarse. ¿Quieren ustedes que lo anuncie?

Carmen y Nadige se consultaron con la mirada. Estaban decididas. Sí; subirían al tablado, y en seguida las dejarían en paz.

—Yo recitaré «*La huelga de los herreros*—dijo Nadige.

—Y yo bailaré mis dos primeros *vales de amor*—declaró Carmen.

—Y usted, señora—preguntó el falsificador a madame d'Artigues—, ¿nos honrará usted?

—¡Oh! yo, caballero, no soy una artista...

—Bueno; pero de todos modos subirá usted al tablado, porque cuentan con ello...

—¡Pero la tripulación de este barco es verdaderamente extraordinaria!...

—¡Oh, algo a la pata la llana, como suele decirsel... Evidentemente, carecen de delicadeza; pero son tan buena gente... Sólo que, cuando están un poco chispos, son temibles, y por eso les aconsejo a ustedes que no tarden en complacerles...

—Sí; acabemos cuanto antes—, dijo madame d'Artigues—. ¡Es incomprensible que permitan beber de esta manera a la tripulación de un barco de guerra!... ¡Increíble!... ¡Miren ustedes esas caras! ¡Y qué modo de mirar!... ¡Es vergonzoso!...

—Vengan ustedes conmigo—, les dijo la flor y nata de

los hacendistas. Y las llevó a un espacio reservado detrás de la orquesta, en donde la «compañía cómica» empezaba a vestirse y a pintarse para no sé qué estupenda farsa. Una especie de tienda de campaña formada por una lona colocada a manera de bambalina fué puesta a disposición de las señoras para el caso en que necesitasen recogerse o engalanarse antes de aparecer en el tablado, libre ya del estorbo de la orquesta. Colocados los músicos al pie del tablado, el Trompo anunció que iba a empezar la función y que mademoiselle Nadige de Val Rieu, del Odeón de París, mademoiselle Carmen de Fontainebleau, de *Folies Bergères*, igualmente de París, y hasta una dama que era una excelente aficionada, saldrían inmediatamente a escena.

Y empezó *La huelga de los herreros*, en medio de un profundo silencio.

La tripulación escuchó hasta el fin sin moverse, y terminado el monólogo, el público, después de aplaudir, pidió que bailase mademoiselle Nadige. Evidentemente, «la sala» prefería la coreografía a la literatura. Para sacar a Nadige de aquel apuro, salió Carmen al tablado. Ordinariamente, bailaba casi desnuda y con el concurso de un solo velo. En aquella ocasión, se puso apresuradamente encima de su traje un flotante peinador que le había prestado la Condesa. En cuanto dió los primeros pasos fué aplaudida y alentada por frases que fustigaron su entusiasmo natural. Sobre todo, lo que quería era acabar pronto. Y este afán hizo que pareciera más ardiente, y en realidad, una vez dominada por el demonio de su arte, se lanzó locamente al torbellino de sus vales de amor, cuya música popular coreaba aquel público sentimental de presidiarios.

En el desorden de su danza pagana, enseñaba las piernas, que eran admirables, y su éxito fué colosal. Sólo cuando se sintió extenuada dejó de bailar, y desapareció detrás de la lona entre aclamaciones de un entusiasmo casi feroz.

—¡Y ahora—dijo—, vámonos, que ya es hora! ¡Por un instante creí que iban a saltar al escenario y a apoderarse de mí!

Pero el público, caprichoso y exigente, quería ver bailar a Nadige y a madame d'Artigues. ¡Nada de versos! ¡Necesitaban las pantorrillas, las medias de seda, los zapatitos y los bajos de las mujeres cuya visión, tan próxima, enloquecía a los bandidos!

—Sí, sí; huyamos—, dijo temblando madame d'Artigues—. ¿Saben ustedes lo que acabo de oír, mientras usted bailaba, Carmen?... Uno de esos hombres, uno de esos hombres con cara de presidiario, le decía a otro presidiario, porque todos lo parecen, todos... «Me gusta la chiquilla esa... ¡De las tres, esa es la que quiero que me toque en la rifa!

—¿Y qué?

—¿Qué quiere decir semejante frase? Yo todo lo temo de esos hombres... He mandado llamar al marqués... ¿Por qué no está aquí?... ¿Y Bourrelie?... ¿Y mi marido?...

—Es verdad; ¿en dónde están?... ¿Por qué no están con nosotras?—preguntaron, cada vez más inquietas, las otras dos.

—Y el comandante, ¿dónde está?... ¡Si siquiera estuviese aquí el comandante!

—Quite usted; al comandante le tengo todavía más miedo que a los demás—declaró madame d'Artigues.

—¡Ah, ya es usted de mi misma opinión!—dijo Carmen, acabando de vestirse apresuradamente—. ¡Pronto, pronto; vámonos! ¡Corramos a encerrarnos en nuestros camarotes!

—Pero ¿cómo vamos a escapar?... ¡Escuche usted; parece que estamos sitiadas!

En efecto; cada vez gritaban más fuerte, pateaban, querían ver de nuevo a las artistas. Y el Trompo y el Fetiche se presentaron de repente. El Fetiche dijo:

—No salgan ustedes... Quédense aquí... si no quieren que suceda una desgracia... Están borrachos, ya lo ven ustedes. ¡Todos quieren besarlas!

—¡Pero esto es una cosa horrible!

—¿Horrible, señora?—dijo el otro, con siniestra sonrisa.

En aquel momento se oyó la voz del Bombarda, que anunciaba desde el tablado:

—¡Compañeros: esas señoras están fatigadas, y os ruegan que las dispenséis! (*Aullidos.*) Os suplico que seáis razonables. Un poco de paciencia. ¡La compañía especial del *Bayardo* dará ahora una representación, y luego *se verificará la rifa!*

Al oír esta última parte del programa, las tres mujeres se miraron con extravío. No se atrevían a comunicarse la horrible angustia que las ahogaba. Sin embargo, madame d'Artigues, esforzándose por aparecer tranquila, preguntó a un «oficial»:

—¿Tienen ustedes muchos lotes para la rifa?

—No, señora—respondió el «oficial»—; tenemos pocos, ¡pero son magníficos!

CAPÍTULO XII

EN EL FONDO DEL ABISMO

Al salir de los *presidios*, Bibi entró en su camarote muy preocupado por la nueva actitud de sus prisioneros, y dándose perfecta cuenta de que la comedia que representaba ante los náufragos tocaba a su fin. Pronto en sus decisiones, como corresponde a un hombre de acción, llamó al Bombarda y le dió sus órdenes concernientes a las damas, para cuando terminase la fiesta, cuya algazara comenzaba a oírse en cubierta. «¡Así aprenderán a hablar mal de Sisil!»

Arreglado aquel asunto, despidió al Bombarda, encargándole que le enviase al Soponcios.

Como el Soponcios tardase en llegar, abrió, impaciente, la puerta de la cámara, y vió a dos hombres que no le vieron a él, y que, creyéndose solos en aquella parte del entrepuente, hablaban de sus cosas. Eran el barón de Proskof y el marqués del Touchet. Pensó que estarían comentando el imprevisto incidente del paseo al jardín de plantas, y comunicándose las reflexiones nada tranquilizadoras

que les había sugerido la rebelión de los presidiarios. Bibi se equivocaba. No conocía a aquellos hombres. Hablaban «de mujeres».

Desde la llegada de los náufragos al *Bayardo*, hemos tenido ocasión de aludir más de una vez a la tristeza del barón Proskof. Esta actitud melancólica honraba en extremo al noble polaco, ya que sólo hacía dos o tres días que la baronesa, su amada esposa, había muerto, o que él la creía muerta, por lo menos. Proskof parecía inconsolable. Máximo del Touchet intentó inútilmente calmar su pena diciéndole que si alguien debía lamentarse era él, que lo perdía todo al mismo tiempo, en tanto que al barón le quedaba el millón para consuelo.

En el momento en que Bibi sorprendió su conversación, el barón de Proskof se deshacía en elogios a la difunta.

—¡Era una mujer de una inteligencia superior, a la que nunca podré reemplazar, *ni usted tampoco*, aunque lo intente, querido marqués! ¡La d'Artigues me da lástima! ¡No sirve ni para atar los cordones de los zapatos a la *Bella dieppense*, como la llamaban!

—Esa es también mi opinión, querido barón; pero qué quiere usted, es preciso conformarse. ¡Soy todavía demasiado joven para retirarme del mundo!

—¿Sabe usted lo que yo haría si estuviese en su lugar?

—¿El qué?

—Pues me volvería lo antes posible a mi casita, junto a mi mujer, y allí esperaré tranquilamente hasta adquirir la certidumbre de la muerte de la baronesa, porque, en realidad, nada sabemos... ¡Vamos, marqués; su mujer de usted

es seductora, y estoy seguro de que se alegraría mucho de verle!

—No es eso lo que cuentan nuestras amigas; ya las ha oído usted en la mesa.

—¡Cómo! ¡Va usted a hacer caso de la charla de semejantes cotorras!... ¿No está usted seguro de la virtud de la marquesa?

—¿Seguro de qué?... ¡Con esas mosquitas muertas nunca podemos estar seguros de nada!...—contestó riendo el marqués.

Bibi no oyó el resto de la conversación; ni hubiera podido oír más. El Soponcios le encontró pálido como un muerto, tendido en el sofá.

—¿Estás malo, Bibi?—exclamó el fiel pinche—. ¿Quieres que vaya a llamar al Kanak?

—¡No; llama a su mujer!—murmuró Bibi con voz que parecía un suspiro.

—¿A la Condesa?

—¡Sí; a la Condesa!... ¡Ahora mismo!

Avisada inmediatamente por el Soponcios, la Condesa bajó entre dos vales; al ver en aquel estado a su comandante, se alarmó.

—¡Cierra la puerta!—dijo Bibi.

—Pero ¿qué pasa?

—¡Algo pasa!...

Se levantó; zambulló la cabeza en una palangana, y ya, más despejado, pareció hallarse mucho mejor. La Condesa le veía enjugarse con la toalla y seguía sin comprender.

—¡Escucha!—dijo Bibi bruscamente sentándose a su lado

y cogiéndole las manos—. ¡Escúchame bien! ¡Sé que me quieres, Condesa!

—Sí—contestó ella sencilla y tristemente—; ¡pero tú no me quieres a mí!

—Es que te voy a ser franco... ¡Has llegado demasiado tarde; te has encontrado ocupado el sitio!

—Lo sospechaba. *¡Seré desgraciada toda mi vida!*

—Hablemos poco, pero con provecho, Condesa; ya que me amas, ¿estás dispuesta a hacer algo por mí?

—¡Todo lo que quieras!

—¡Oh, sí; pero... es una cosa... una cosa...

—¡Todo lo que quieras!...

—Pues bien; ante todo, vas a decirme *qué es lo que tú y el Kanak haciais de las turdigas de carne que les cortabais a los clientes...*

—¡Oh!, eso...—murmuró la Condesa, desasiéndose y levantándose.

—¡Ah! ¿Ves cómo hay cosas que no puedes hacer por mí?

La Condesa se había refugiado en un rincón como si tuviese miedo de Bibi, y no se atrevía a volver a acercarse a él. Con voz queda y ronca murmuró:

—¡Ya sé lo que dices!...

—¿Y es verdad?... ¡Dímelo, dímelo a mí!... ¿Es verdad?—imploró Bibi.

La Condesa movió la cabeza, furiosa, y tan brutalmente que, deshaciéndose el peinado, su admirable cabellera resbaló por sus hombros.

—¡No, no!—jadeó— ¡No es verdad! ¡No es verdad!...

—¡Lo dijeron en la Audiencia!...

—¡Ah, tampoco eso es verdad!...—rugió—. ¡No!... ¡No!... ¡no se atrevieron!... ¡no se atrevieron!... ¡El fiscal se *escurrió* un poco!... ¡Pero en seguida cerró el pico!... ¡En seguida!... Nuestro abogado le dijo que no tenía derecho a dar a entender una cosa semejante... no estando seguro de ello. ¡No habiendo pruebas!... ¡Y se acabó... en el acto!... ¡Ah, si hubieses visto la sala! ¡Algunas mujeres se pusieron malas sólo de pensar en eso!... ¡Bibi, te quiero y no te mentiré! ¡Te lo repito! *¡No hemos hecho eso!...*

Se dejó caer nuevamente en el sofá a su lado y quiso que le volviese a coger las manos; pero esta vez fué Bibi quien se levantó. Recorrió la cámara de arriba abajo, pensativo, y luego se detuvo enfrente de la Condesa.

—¡Lo siento!—dijo.

—¡Cómo! ¿Lo sientes?

—¡Sí, lo siento! *¡Había soñado con entregaros a un hombre para que lo devoraseis!*

—¡Ya sé a quién!—exclamó la Condesa levantándose y acercándose a Bibi—: ¿el marqués? ¡Durante el almuerzo creí que le ibas a *mechar!*

—¡Ah, no; eso no!—murmuró—. ¡Es demasiado sencillo! ¡Mira; cuando pienso en él, me vuelvo loco! ¡Querría inventar tormentos... pero qué tormentos!... ¡Yo había creído todo lo que se decía del Kanak!... ¡Y pensar!... En fin, no hablemos más de ello, puesto que no es verdad...

La Condesa se había quedado muy pensativa...

—¿Qué te ha hecho ese hombre?—preguntó.

—¡Me ha destrozado el corazón!... ¿comprendes?...

—¡Ah, sí!

—Y además, es demasiado gordo... demasiado fuerte...

demasiado dichoso... todo le sale bien... ¡Todo lo acapara... es un monstruo!...

—¡Sí, sí; te comprendo... te comprendo!... ¿Es muy rico?...

—¿Que si es rico?... millonario... millonario... millonario... ¿En qué piensas?... ¿Por qué vuelves a otro lado la cabeza? ¿Por qué están tan pálidas tus mejillas y tienen tus ojos una expresión tan sombría? ¿Qué tienes?

—¡Nada!... ¡Nada!...

—¡Quiero saber en qué piensas!

—¡En nada! ¡En nada, Bibi!...

—¡Sí!... Se te ha ocurrido una idea... Se te ha ocurrido una idea... ¡Lo he adivinado, porque he visto ensombrecerse tu frentel! ¡Condesa, dime lo que se te ha ocurrido!...

—¡Jamás!... ¡Es demasiado terrible!...

—¡Ah, ¿lo ves?... ¡Quiero saber lo que se te ha ocurrido!...

—¡Jamás me atreveré a decírtelo!.. ¡Tú mismo te horrorizarías... Sí; tú mismo, Bibi, encontrarías demasiado horrible lo que se me ha ocurrido... Y además... no se trata solamente de una cosa que a mí se me haya ocurrido...; se trata, sobre todo, de un secreto mío y del Kanak... un secreto que queremos guardar, porque nos va en ello la vida... ¿Comprendes ahora por qué no puedo decirte nada?

—Lo que veo es que quieres desesperarme. Te gozas en hacerme sufrir. ¡Tú no me quieres, Condesa!

—¡Más de lo que tú crees, Bibi! Y precisamente porque te quiero, no te diré nada...

—¿Entonces es todavía más horrible que lo que yo pensaba?

—¿Más horrible que qué?

—¡Más horrible que *comer carne humana!*

La Condesa no respondió al pronto. Su emoción era indescriptible. Evitaba las miradas de Bibi... Al fin, murmuró quedamente:

—¡Sí, sí! *¡Es peor que eso!*... ¡Ah, déjame, déjame!

Bibi la cogió en sus brazos, y la Condesa desfalleció. Ya no podía oponerse a su deseo de saber... No pudo hacer más que decirle que hablase con el Kanak.

—Por mí, te lo diría. Mira, Bibi; quiero que lo sepas... No me opongo a que el Kanak te revele esa cosa tan horrible, ante la cual retrocederás, estoy segura de ello... Pero si alguna vez hablas, Bibi, caerán nuestras dos cabezas... Yo te doy la mía... Te doy la mía... ¡Tómala!

Y le ofrecía su cabeza, tan bella y tan pálida, y sus labios lívidos, tan lívidos, que no lo hubieran estado más si hubiese derramado ya toda su sangre en el cadalso. Pero Bibi sólo pensaba en su venganza, y ni siquiera miró a aquella mujer.

—¡Condesa—dijo—, ve a buscar al Kanak!

La Condesa se desplomó en el sofá, en una actitud de profunda desesperación, apoyada la despeinada cabeza en sus manos cruzadas, como una Magdalena que llorase sus pecados, y luego se incorporó, miró una vez más a Bibi con extravío, y dijo:

—¡Voy!

Pero antes, se acercó a un espejo y se arregló el pelo. Luego salió corriendo de la cámara de Bibi.

Cinco minutos después entraba el Kanak. Estaba lívido, y tenía los ojos inyectados en sangre. Iba solo.

—¿En dónde está la Condesa?—preguntó Bibi.

—Se ha vuelto al baile—contestó el Kanak, que no apartaba los ojos de Bibi.

—¿Y en dónde estamos?

—En el golfo de Guinea! Todo está preparado para esta noche. Arrojuremos por la borda todo lo que sea necesario para que crean que el *Bayardo* se ha perdido, y mañana, a primera hora, procederemos a pintar de nuevo el barco.

—¿Crees que nos será fácil repostarnos de víveres y de carbón en Capetown?

—Facilísimo, puesto que *tenemos en nuestro poder al comandante*, y sólo estaremos en el puerto una noche.

—Y después, ¿qué bandera izaremos?

—Ya veremos. Yo optaría por la del Brasil. Tenemos a bordo lo menos cuarenta hombres que hablan correctamente el español (1). Y además, como no nos detendremos en ninguna parte, nadie ha de venir a meterse en nuestros asuntos. Una vez en Malasia...

—Oye, Kanak, ¿qué te pasa? Parece que estás enfermo...

—La Condesa me ha hablado, Bibi...

—¿Y qué?...

—¡Pues!...

—¡Vamos, decidetel... ¿Podéis hacer algo por mí?

—Podemos hacer una cosa horrible, Bibi...; ¡pero tú no querrás!...

—¡Habla!

(1) El idioma del Brasil es el portugués. El autor ha padecido una pequeña equivocación. (N. del T.)

—Si alguna vez se te va la lengua, Bibi... podemos darnos por muertos la Condesa y yo... en el caso, que siempre debemos prever, de que volvamos a un país civilizado.

—¿Me tomas por un *chivato*?...

—No, ciertamente; ¡pero es preciso ser prudentel... Y además, voy a decirte una cosa... ¡Tal vez no dé resultado!

—No te entiendo bien, Kanak..., o, mejor dicho, no entiendo absolutamente nada... Pero, dime, ¿sufren mucho?

—¡Ah, que si sufren; ya lo creo que sufren...; y hasta estoy seguro de que a ti te parecerá *que sufren demasiado!*

—¡Todavía no me conoces, Kanak!... ¡Habla, te escucho!

Pero el Kanak se fué al otro extremo del salón, se cogió la cabeza con las manos y pareció reflexionar profundamente. Bibi no quiso distraerle. Al fin, levantó la cabeza. Tenía el rostro más amarillo que nunca y los ojos con estrías sanguinolentas. Daba miedo verle. Hubiérasele creído víctima de una sobreexcitación semicerebral, semifisiológica, que le convertía en un animal terriblemente sanguinario.

Cruzó el salón titubeando un poco, alargó los brazos, cogió a Bibi por los hombros, miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que todas las puertas estaban cerradas, y puso sus labios cerca, muy cerca, del oído de Bibi. Y lentamente, muy lentamente, interrumpiéndose, suspirando y tornando a interrumpirse para proseguir luego, fué derramando en sus oídos el licor demoniaco de su secreto.

Bibi, a su vez, parecía presa de una embriaguez morbosa. Su cuerpo se estremecía, sus manos temblaban y sus pupilas se dilataban enormemente. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por su frente bronceada.

Al fin, el otro calló, y retrocedió, cruzándose de brazos.

Y Bibi se cruzó también de brazos, y así permanecieron diez minutos, contemplándose en silencio. Y luego Bibi huyó, dejando encerrado al Kanak, que siguió esperando, de pie, con los brazos cruzados, en una inmovilidad de estatua. En cuanto a Bibi, en cuatro saltos, dignos de un tigre, se encontró sobre cubierta. Necesitaba respirar el aire libre... y necesitaba reflexionar. La música, los cánticos, los gritos y los bailes de la toldilla de popa le empujaron a proa. Y allí, solo, frente al mar y al cielo, pensó en sí mismo y en su proyecto. Paseaba jadeante, dando vueltas de un lado para otro, y *dando vueltas en su cabeza* al secreto del Kanak, que había querido conocer y que ahora le tentaba como tentara al Ángel Malo el Imperio del mundo. Alzó los ojos al cielo, como solía hacer cuando se dirigía al destino, al *Fatum* que siempre sentía suspendido sobre su cabeza, y gravitando, con todo su irresistible peso, sobre sus hombros. Su aventura era tan prodigiosa, que en su orgulloso candor la consideraba la única y más grave preocupación del tiempo y del espacio. No conocía desgracia más horrible que la suya; y en el fondo de su alma, cruel, pero infantil, se creía uno de esos *malditos* de la Historia primitiva de los hombres, que en otro tiempo se leía en las escuelas y que siempre están en contacto con el Dios Todopoderoso, ya porque traten de llegar hasta Él, hacinando montañas sobre montañas, ya porque intenten aplacarle ofreciéndole cruentos sacrificios.

—¿Por qué me sometés a esta prueba?—preguntó en voz alta a alguien a quien parecía considerar su más cruel enemigo—. ¡Demasiado sabes que no podré resistir! ¡Sólo la idea de intentarlo me abrasa como una túnica de fuego!

Y reanudó su insensata carrera circular, para interrumpirla más tarde y continuar su singular monólogo. Pero esta vez era al Kanak a quien dirigía sus vehementes frases.

—¡Kanak, tus palabras son muy claras! ¡Un niño las comprendería!... ¡Pero una duda cruel desgarró mi alma! ¡*La esperanza devora mis entrañas con sus dientes de loba!*...

Y tornó a correr, como si acabara de escaparse de un manicomio. Luego volvió a pararse, rugiendo, babeando... ¡Bibi! ¡Bibi! ¿A qué obedecen esos arrebatos repentinos, esas angustias sin objeto aparente? ¿Por qué ese grito de espanto y de horror al cual das el dulce nombre de *esperanza?*... En la toldilla, entre el cielo y el mar, apareces tan formidable, tan amenazador, *pero también tan temeroso* como Satán en la montaña antes de tentar a Jesús; y luego, bruscamente, corres a la escala, te precipitas ciegamente en el infierno en donde te espera el Kanak inmóvil.

Bibi empujó la puerta tras de la cual estaba aquella estatua que no necesitaba más que una palabra para animarse. Y esta palabra la pronunció Bibi.

—¡Vamos!—dijo.

El Kanak descruzó los brazos, tendió una mano a Bibi, que se la estrechó febrilmente, y murmuró:

—¡Eres un valiente!

Y sin más, se separaron.

*
* *

Arriba, la fiesta estaba en todo su esplendor, como suele decirse. Madame d'Artigues y mademoiselles de Val Rieu y de Fontainebleau, refugiadas en su tienda de campaña, se hallaban en un estado de ánimo rayano en el espanto,

porque se daban perfecta cuenta de que estaban prisioneras, a despecho de las extrañas frases corteses que aquellos oficiales, todavía más extraños, les prodigaban de cuando en cuando. Trataron inútilmente de escabullirse; pero con el pretexto de que la sobreexcitación de la tripulación iba en aumento y de que si intentaban salir podían correr serios peligros, no las permitían hacer un movimiento.

Gritos salvajes, cánticos soeces llegaban hasta las tres mujeres, que se estrechaban unas contra otras, locas de terror.

A voces llamaron al marqués, al barón, a Bourrelier y a monsieur d'Artigues. Al fin tuvieron el consuelo de ver aparecer a Roberto y a monsieur d'Artigues. Pero su alegría duró poco.

Los dos hombres estaban tan asustados como ellas por todo lo que habían visto y oído.

Después de la sublevación de los penados, en los entrepuentes, delante de Bibi, resolvieron hacer algunas investigaciones para formarse una idea exacta de su situación, y con este objeto se deslizaron en ciertos compartimientos del barco, de los cuales parecía que los habían mantenido alejados intencionadamente. Y entonces vieron cosas muy singulares. Ante todo, un desorden increíble, la *indisciplina imperante*. Y además, tropezaron con un cordón de vigilantes que los impidieron penetrar en algunos corredores y en ciertos camarotes de donde salían gritos y lamentos de mujeres y de niños. ¡De niños que llamaban a sus padres, de mujeres que llamaban a sus maridos! Como pidieran explicaciones, les obligaron a marcharse, riendo de una manera siniestra y aconsejándoles, *por su bien*, que fuesen

en lo sucesivo menos curiosos. Llegaban los dos hombres a esta parte de sus confidencias, cuando apareció el barón de Proskof. Éste parecía tan asustado, que al pronto no pudo pronunciar palabra. Al fin le oyeron decir:

—¡El marqués... el marqués!...

—¿Qué, qué le sucede al marqués?—preguntó con una ansiedad, de la que no podríamos dar idea, madame d'Artigues.

—¡El marqués ha desaparecido!...

—¡Cómo! ¿Ha desaparecido?...

—¡Oh, a mi vista... es incomprendible!... Yo creía que aún estaba a mi lado... Hablábamos de cosas indiferentes, no lejos de su camarote, en el corredor, porque huíamos de cubierta y de esta repugnante fiesta, cuando, de repente, me vuelvo... y ya no estaba a mi lado. Le busco, entro en los camarotes, le llamo... y me responde. Pero su voz sonaba ya muy lejos; y de repente calló, como si se ahogase... Seguramente ha sido objeto de alguna violencia. Lo peor era que yo no lograba darme exacta cuenta del lugar en que podía hallarse. Yo creo que este barco está lleno de escotillones, como el escenario de un teatro. ¡En torno nuestro pasan cosas horribles! ¿Qué gente es esta en cuyas manos hemos venido a caer? ¡Esos vigilantes me parecen tan temibles como los mismos presidiarios! ¿Y dónde está el comandante? ¿No se le puede ver? ¡He querido hablar a los oficiales! ¡Están completamente borrachos! ¡Me ha costado un trabajo ímprobo llegar hasta aquí! ¡Es preciso que nos marchemos!... ¡Esto es espantoso!...

En aquel momento se levantó la lona, y dos de los tres marineros del *Bella Dieppense* a quienes el *Bayardo* recogie-

ra al mismo tiempo que a ellos, se precipitaron en la tienda de campaña. Su compañero acababa de ser asesinado de una puñalada en el corazón por uno de los bandidos de a bordo al que intentara quitar la pareja. Y como quisieran vengar a su amigo, los demás bandidos les rodearon y les *contaron todo*. El *Bayardo estaba en manos de los presidiarios*, y el que los había recibido en calidad de comandante era ni más ni menos que Bibi, el mismísimo Bibi.

Madame d'Artigues se desmayó. Carmen y Nadige empezaron a gritar como locas. En aquel momento su refugio fué invadido por una multitud vociferante, que las transportó al tablado, en donde su aparición excitó la curiosidad y los brutales deseos de una tripulación enloquecida. *¡Iban a rifarlas!*... Pero no cabía duda de que en aquellas circunstancias no se respetarían los caprichos de la suerte ni se respetaría nada. Ya las pobres mujeres sentían junto a sí aquellos rostros de demonios, y veían alargarse hacia ellas manos que se engarfiaban en sus cuerpos, que tiraban de ellas, que se las disputaban. Los presidiarios que no habían podido subir al tablado, viendo que los que rodeaban a las tres mujeres se apoderaban de ellas sin más formalidades y no hablaban ya de la rifa, prorumpieron en gritos de rabia y de protesta. Las desgraciadas iban a desaparecer bajo aquella avalancha, siempre creciente, de bandidos y a morir asfixiadas, cuando vino a salvarlas una catástrofe.

Una tromba acababa de abatirse sobre aquella multitud. Barridos por ella con empuje irresistible, los penados cayeron a racimos desde lo alto del tablado, dejando libre el espacio suficiente para que pudieran moverse y girar con la fuerza de dos catapultas los enormes puños de Bibi.

¡Ah, como siempre, el horrendo Bibi era un luchador formidable! ¡Qué de narices chafadas!, ¡qué de orejas medio desprendidas!, ¡qué de ojos espachurrados! ¡Cuánta sangre, cuántos gritos, cuántas maldiciones!... ¡Pero qué limpieza más rápida y admirable!... ¡Todos le aclaman!... Los que no han podido acercarse al tablado, perdiendo por ello toda esperanza de lograr su parte de botín, celebran su triunfo... Y los otros, que maltrechos se arrastran ahora por cubierta, son objeto de la rechifla general. ¡Ah, *la rechifla de los penados!*

¡Bibi reclama silencio! Está allí, en el tablado, limpio ya de estorbos, delante de las tres damas, que no se atreven a bendecir a su salvador. Porque, ¿qué irá a decir? ¿A qué nuevo suplicio las habrá condenado?

—¡Muchachos!—dice Bibi—, *¡he reflexionado!*... ¡Puesto que estas señoras no pueden ser para todos, no serán para nadie!... (*Aplausos estrepitosos*)... Me las reservo para mí (*Silencio*)... con el único objeto de que no les suceda nada malo (*Muestras de disgusto*)... Porque acabo de comprometerme a desembarcar sanos y salvos, en la época y en el lugar que se determinará en el próximo consejo, a los naufragos, a todos los naufragos del *Bella Dieppense*. (*Protestas amenazadoras. Bibi se cruza de brazos*)... ¿Quién se atreve a alzar la voz cuando yo me he concedido la palabra? (*Silencio inmediato*). ¡Los imbéciles hacen bien en callar! Porque tengo que decirles cosas muy importantes. *De hoy en adelante, se acabó la mala vida*. ¡Debeís convertirlos en personas formales, juiciosas y ordenadas, *porque sois ricos!* El marqués del Touchet, al que hemos tenido el honor de recibir a bordo, ofrece por la libertad de los naufragos del

Bella Dieppense ¡CINCO MILLONES! (Primero experimentan profundo estupor... casi una sensación de espanto ante aquel abismo... ¡cinco millones! ¡Les acomete una especie de vértigo!... Luego se rehacen, comprenden, gritan, saltan, bailan, enloquecen!... Quieren pasear en triunfo a Bibi... Bibi tiene que hacer esfuerzos inauditos para que le dejen añadir una palabra, una sola palabra que tapaná la boca a los últimos imbéciles, a los que nunca comprenden nada...) ¡Muchachos! —grita— Oídme una cosa. Por sabido se calla que no soltaremos al marqués hasta que no nos ponga en la mano los cinco millones. ¡Los cinco millones o la vida! (Entusiasmo delirante).

—¿Qué tal, Saponcios? ¿Qué dices a esto?— preguntó el Fetiche descargando un puñetazo amistoso en el hombro del fiel cocinero, que se tambaleó al recibir el golpe.

—Yo conozco a Bibi— respondió sonriendo el Saponcios—; ¡será los cinco millones y la vida!

CAPÍTULO XIII

¿.....?

Los días siguientes introdujeron un gran cambio en la vida de a bordo. El orden y la disciplina imperaron como soberanos absolutos. Desde que se consideraban ricos, los presidiarios aceptaron, casi con alegría, la necesidad de someterse al reglamento.

Trabajaban con afán por el bienestar y la seguridad de todos.

El *Bayardo* se llamaba a la sazón el *Estrella* (1) y enarbolaba el pabellón brasileño. Ya seguro de su gente, Bibi dispuso que fuera menos rigurosa la incesante vigilancia de que hasta entonces habían sido objeto las familias de los vigilantes. Las mujeres y los niños podían salir, como antes de la sublevación, a jugar y a charlar a la toldilla de popa, que se les reservó durante ciertas horas del día. A los prisioneros los trataban bien, y de cuando en cuando les permitían salir de sus jaulas y subir a cubierta a tomar el aire.

(1) En español, en el original.